

# LA TEORIA DE LA ASOCIACION EN HUME

JOSÉ LUIS DEL BARCO COLLAZOS

## INTRODUCCIÓN.

La concepción que HUME tiene del conocimiento, de carácter puntual y atómico, nos sitúa ante un curioso espectáculo: el de nuestras percepciones desunidas y exentas de toda vinculación y conexión entre ellas.

De semejante teoría gnoseológica no puede inferirse más que una situación ciertamente caótica. Por un lado, las percepciones son puntuales, y su unión no ya con la realidad, sino con ellas mismas constituye un auténtico problema. Por otro, las mismas facultades mentales son consideradas como accidentes de nuestra geografía mental. Aparecen unas junto a otras, sin que en ningún momento el filósofo escocés ofrezca algún tipo de concepción unitaria que ponga de manifiesto su colaboración con vistas al conocimiento.

Parece claro que HUME no podía mantenerse durante mucho tiempo en semejante situación. De aquí que, tras analizar nuestra mente, disección que le da como resultado la obtención del componente originario de nuestro conocimiento, le sea urgente encontrar algún principio sintético que dé unidad y cohesión al desordenado y atomizado mundo de nuestras percepciones. El asociacionismo es una concepción de la unión de nuestras percepciones que se encuentra en perfecta correspondencia con (y que viene exigido por) la singular desconexión en que el análisis humeano deja a nuestros contenidos de conciencia. Por ello, tiene razón DELEUZE cuando establece que el atomismo y el asociacionismo son las dos grandes inspiraciones humeanas<sup>1</sup>.

1... «Chez Hume, on assiste au développement inégal de deux inspirations très diverses. D'une part la psychologie de l'esprit est une psychologie de l'idée,

El mismo HUME nota que, si no hubiese algún lazo de unión entre las ideas que lleve al pensamiento naturalmente de unas a otras, sólo el azar podría establecer conexiones entre ellas. Pero, en ese caso, la regularidad con que se suceden nuestras impresiones e ideas devendría un indescifrable misterio. De aquí que haya que poner en juego algún vínculo asociativo:

«Como todas las ideas simples pueden ser separadas por la imaginación y unidas de nuevo en la forma que a ésta le place, nada sería más inexplicable que las operaciones de esta facultad si no estuviera guiada por algunos principios universales que la hacen, en cierto modo, conforme consigo misma en todo tiempo y lugar. Si las ideas estuvieran completamente desligadas e inconexas, sólo el azar podría unirlas; sería imposible que las mismas ideas simples se unieran regularmente en ideas complejas —como suelen hacerlo— si no existiese algún lazo de unión entre ellas, sin alguna cualidad asociativa por la que una idea lleva naturalmente a otra»<sup>2</sup>.

#### ORIGEN DE LA NOCIÓN DE ASOCIACIÓN.

Antes de proceder al examen atento y pormenorizado del significado que HUME confiere a la noción de asociación, trataremos de esbozar de forma breve los hitos más destacados de su historia.

des éléments simples ou des minima, des indivisibles: elle occupe essentiellement la seconde partie du système de l'entendement, 'les idées d'espace et de temps'. C'est *l'atomisme*. D'autre part, la psychologie de la nature humaine est une psychologie des tendances, plutôt même une anthropologie, une science de la pratique, et surtout de la morale, de la politique et de l'histoire, finalement une véritable critique de la psychologie, puisqu'elle trouve la réalité de son objet donné dans une idée, dans toutes les qualities qui dépassent l'esprit. Cette deuxième inspiration, c'est *l'associationisme*». G. DELEUZE, «*Empirisme et subjectivité: essai sur la nature humaine selon Hume*», P.U.F., Paris 1973, p. 9.

2. «*A Treatise of Human Nature*», reprinted from the original edition in three volumes and edited, with an analytical index, by L.A. Selby-Bigge, Oxford at the Clarendon Press, 1975, I, I, IV, p. 10 (98). El número entre paréntesis indica la página de la traducción española de aquella obra humeana, realizada por F. Duque, ed. Nacional, Madrid 1977. Cuando no se haga referencia a ninguna traducción concreta, se debe a que la hemos hecho nosotros.

Si consideramos el principio asociativo meramente como una especie de versión humeana del principio metafísico de causalidad, que excluye cualquier intervención del azar en la producción de los fenómenos, entonces su origen puede remontarse al momento inaugural del pensar filosófico. Se encuentra ya en PARMÉNIDES, EMPÉDOCLES y ARISTÓTELES<sup>3</sup>. Y, aunque caracterizado de forma distinta, como causalidad física de carácter mecánico, reaparece en el gran poeta epicúreo romano LUCRECIO<sup>4</sup>.

No puede extrañar, a la luz de lo que acabamos de decir, la afirmación de LAIRD, según la cual «aunque empleado de este modo el nombre 'asociación' parece deberse a LOCKE, el principio mismo, particularmente en su relación con las condiciones que facilitan la reminiscencia, había sido notado con algún cuidado por PLATÓN y ARISTÓTELES, e incluso por sus predecesores»<sup>5</sup>.

Ahora bien, sin alejarnos tanto en el tiempo, los precursores más cercanos a nuestro filósofo constituyen insignes ejemplos de que el tema de la asociación no es invención de HUME, como a veces llegó a sostener de modo enfático y autolaudatorio<sup>6</sup>, sino un principio con una historia precisa, cuyos principales estadios trataremos de exponer.

3. Phys., II, 8, 198b16. Hume conocía, incluso, un tratamiento aristotélico del tema de la asociación más aproximado al suyo, ya que tuvo acceso a la obra del estagirita «*De memoria et reminiscencia*» a través del comentario que de ella hizo Santo Tomás de Aquino. Ref. J. K. RYAN, «*Aquinas and Hume on the laws of Association*». The New Scholasticism, Washington, 1938, n.º 12. El filósofo escocés se refiere directamente a Aristóteles en su «*Enquiry*», donde, de manera similar a lo que había establecido el estagirita, propone el contraste junto a la semejanza y la contigüidad como principios asociativos: «For instance, Contrast or Contrariety is also a connexion among ideas: but it may, perhaps, be considered as a mixture of Causation and Resemblance. Where two objects are contrary, the one destroys the other; that is, the cause of its annihilation, and the idea of its former existence». «*Enquiry Concerning Human Understanding*», ed. by L.A. Selby-Bigge, Oxford at the Clarendon Press, 1902, sect. III, p. 24. Nota.

4. Cfr. «*De rerum natura*», V, 56, 156.

5. J. LAIRD, «*Hum's Philosophy of Human Nature*», London 1932. Reimpreso por Archons Book, Cunn. 1967, p. 38.

6. «Through this whole bark, there are great pretensions to new discoveries in philosophy; but if any thing can intitle the author to so glorious a name as that of an *inventor*, it is the use he makes of the principle of association of ideas, which enters into most of his philosophy». «*Un compendio de*

HOBBS es, sin duda, un claro predecesor de HUME al respecto. No sería difícil poner de manifiesto el entronque hobbesiano de algunos importantes temas del filósofo edimburgués<sup>7</sup>; no obstante, pocas veces aparece tan clara como en la presente su deuda intelectual con el autor del «*Leviathan*». Ninguna prueba mejor para ejemplificar la herencia a que nos venimos refiriendo que escuchar lo que el mismo HOBBS dice:

«Cuando un hombre piensa en algo, lo que le viene a la mente a continuación no es tan casual como parece. A una idea le sigue otra de un modo no indiferente. Pero como no tenemos imagen sino de lo que, total o parcialmente, hemos sentido previamente, por eso no hay tránsito de una idea a otra sin que haya habido una imagen previa en nuestros sentidos. La razón es ésta: todas las imágenes son movimientos internos, reliquias de los que hubo en los sentidos. Y esos movimientos que se suceden entre sí inmediatamente en el sentido, continúan también juntos después. Pero como en los sentidos, a la misma cosa percibida a veces le sucede una y, otras veces, otra, viene a ocurrir que al imaginar una cosa no hay certeza de la que vayamos a

un *Tratado de la Naturaleza Humana*». Introducción a cargo de J. M. KEYNES y P. SRAFFA. Versión castellana de Carmen García Trevijano y Antonio García Artal. Revista Teorema, Valencia 1977, p. 31. El tono nos parece excesivo, particularmente si tenemos en cuenta que la contribución de Hume a esta celebrada teoría es inferior a la de otros. «Compared with Dr. Hartley, dice Priestley, I consider Mr. Hume as not even a child». «*Letters to a philosophical Unbeliever*», p. 126. Citado por J. LAIRD, *op. cit.*, p. 29. No obstante, el entusiasmo que a Hume le produjo su descubrimiento ha sido señalado con mucha frecuencia. Cfr. T. E. JESSOP, «*Some Misunderstandings of Hume*», *Révue Internationale de Philosophie*, 1952, n.º 20. Reimpreso en «*Hume*», ed. V. C. Chappel, Doubleday, Garden City, 1966, pp. 46-47.

7. Véase, por ejemplo, la influencia que ejerció Hobbes sobre la doctrina humeana relativa a la imposibilidad de representarnos ideas abstractas, comparando las respectivas posiciones. Hume afirma: «But it is evident at first sight, that the precise length of a line is not different nor distinguishable from the line itself; nor the precise degree of any quality from the quality». «*Treatise*», I, I, VII, pp. 18-19. Y HOBBS: «For no man is able to remember quantities without sensible and present patterns, nor number without the name of numbers disposed in order and learned by heart». «*Elements of Philosophy*», en *English Works*, ed. by W. Molesworth, Scientia Verlag, Aalen 1966, vol. I, p. 13.

imaginar a continuación. Sólo esto es cierto: será algo que, en un momento o en otro, sucedió lo mismo anteriormente»<sup>8</sup>.

Según HOBBS, las cadenas de pensamientos que se suceden con fluidez y naturalidad son de dos tipos: o inconstantes, carentes de guía y dirección, o, por el contrario, reguladas y sometidas a algún tipo de ordenación.

Aunque, en ocasiones, quepa encontrar la dependencia que mantienen entre sí los distintos eslabones del primer tipo de encadenamiento<sup>9</sup>, HOBBS se refiere a ellos como un tipo de «wild rangin of the mind»<sup>10</sup>. La segunda especie, en cambio, debe estar presidida por algún pensamiento rector que marque el rumbo y dirija a los que siguen<sup>11</sup>.

LOCKE es otro gran predecesor del pensamiento humeano. Su influencia sobre HUME es de sobra conocida<sup>12</sup>, y la asociación uno de los temas en los que la contribución de LOCKE al pensamiento de HUME es mayor. Juzguémoslo a la luz del siguiente texto:

«Algunas de nuestras ideas tienen una correspondencia *natural* y una conexión entre sí: es nuestra razón la que ha de descubrir dichas conexiones. Además, hay otra conexión de ideas que se debe enteramente a la suerte o a la costumbre. Ideas que no son en sí semejantes en absoluto, llegan a estar tan unidas en la mente de los hombres que resulta difícil separarlas, pues siempre se mantienen juntas»<sup>13</sup>.

8. T. HOBBS, «*Leviathan*», English Works, ed. cit., vol. 3, chap. III, pp. 11-12.

9. «A man may oft-times perceive the way of it and the dependence of one thought upon another». Ibid., p. 12.

10. Ibid., p. 12.

11. «Some passionate thought to govern and direct those that follow». Ibid., p. 16.

12. Obsérvese, por ejemplo, la deuda de Hume, en su conocida división de la impresión («*Treatise*», I, IV, II, p. 192), con la doctrina lockiana de las cualidades primarias y secundarias («*Essay Concerning Human Understanding*». En Works, ed. en Londres en 1823 y reimpreso por Scientia Verlag, Aalen 1963, vol. I., book II, § 9 y 10, p. 120). La noción de poder, de importancia decisiva para el desenlace humeano de la causalidad («*Treatise*», I, III, VI, pp. 90-92; I, III, XIV, pp. 158-160. «*Enquiry*», sect. VII, part. I, pp. 64-68), es, igualmente, de profundo sabor lockiano («*Essay*», II, XXI, especialmente § 72).

13. J. LOCKE, «*Essay*», ed. cit., vol. 2, II, XXXIII, p. 150.

Ahora bien, la consideración que la asociación le merece a LOCKE es completamente distinta a la que HUME le concede. Si para éste es, nada menos, el único mérito de su filosofía, novedosa de suyo, por el que podría considerársele como inventor, para aquél la asociación es un principio de «*wrong connexion in our minds of ideas in themselves loose and independent of one another*»<sup>14</sup>. Llegó, incluso, a considerarla como una especie de locura cuya causa fisiológica habría que buscarla en los espíritus animales<sup>15</sup>.

Los seguidores de LOCKE, influidos por el prestigio que el maestro poseía en su época, aceptaron básicamente el juicio que el principio asociativo le merecía<sup>16</sup>.

BERKELEY, por último, se refiere al principio asociativo con términos tales como «marks», «suggestions» y «arbitrary signs»<sup>17</sup>.

Hemos visto de forma concisa la consideración del principio asociativo entre los filósofos ingleses. Si pasamos al continente, podremos observar cómo, aun concebido en algunos de sus aspectos de forma distinta, el interés por el asunto está presente de forma clara.

MALEBRANCHE, por ejemplo, había hablado de la «*communication contagieuse des imaginations fortes*»<sup>18</sup>. Incluso, llegó a sostener una especie de situación de esclavitud del espíritu en relación con la imaginación, a la que obedece en determinadas circunstancias<sup>19</sup>.

Su interés era, no obstante, de carácter psicofisiológico y se refería a la conexión de las ideas y su huella o marca en el cerebro. La correspondencia entre ambas se debía, antes que nada, al designio original de Dios; después, a la coincidencia temporal de una y otra; finalmente, al acuerdo social<sup>20</sup>.

14. Ibid. § 9, p. 152.

15. Ibid. § 6, pp. 150-151.

16. Cfr. J. LAIRD, *op. cit.*, p. 40.

17. G. BERKELEY, «*Theory of vision*», en *The Works of George Berkeley Bishop of Cloyne*, ed. by. A.A. Luce and T.E. Jessop, London and Edinburgh 1948, vol. I, p. 144.

18. N. MALEBRANCHE, «*Recherche de la vérité*», en *Oeuvres Completes*, Librairie Philosophique J. Vrin, París 1962, II, III, I, pp. 320 y ss.

19. «*L'esprit est tellement l'esclave de l'imagination, qu'il lui obéit toujours lorsqu'elle est échauffée*», *op. cit.*, II, V, XI, p. 228.

20. N. MALEBRANCHE, *op. cit.*, II, I, V, pp. 216-222: «*Il y a trois causes fort considerables de la liaison de idées avec les traces. La premiere & que les autres supposent est la nature, ou la volonté constante, & inmutable du*

Creemos que basta la historia esbozada, sin olvidar por supuesto que podría ser ampliada, para mostrar la deuda contraída por HUME con la filosofía próxima e, incluso, lejana. El título de inventor, que HUME se dio a sí mismo, podría ser revocado después de poner de manifiesto la larga historia del principio. Alguna originalidad le corresponde a pesar de todo a HUME, si tenemos en cuenta que «ningún filósofo había intentado jamás enumerar y clasificar todos los principios de la asociación»<sup>21</sup>.

#### NATURALEZA DE LA ASOCIACIÓN.

Una vez puesta de manifiesto la historia del principio asociativo, nada puede ser más oportuno que intentar un estudio que establezca con claridad en qué consiste básicamente. Por eso, pasamos a ver detenidamente sus más destacadas características:

a) La asociación es un efecto de la monótona reiteración. A la base de toda trabazón asociativa hay que suponer ineludiblemente la repetición; de ahí, la utilización sinonímica por parte del filósofo escocés de términos tales como «hábito», «costumbre» y «asociación».

En ocasiones, HUME muestra una ligera inclinación a distinguir entre el hábito y la mera repetición como causas de la asociación. Ahora bien, si se tiene en cuenta que el hábito mismo surge de la conjunción frecuente de objetos, la distinción apuntada queda disuelta en su mismo origen:

«Las probabilidades de las causas son de varios tipos, pero todas se derivan del mismo origen: la asociación de ideas a una impresión presente. Dado que el hábito, que produce la asociación,

Créateur ... la seconde ... c'est l'identité du temps... La troisième ... c'est la volonté des hommes».

21. A. SANTUCCI, «Introduzione a Hume», ed. Laterza, Bari 1971, p. 25. Hume mismo reconoció que semejante recuento de los principios asociativos era genuina aportación suya: «Though it be too obvious to escape to observation, that different ideas are connected together; I do not find that any philosopher has attempted to enumerate or class all the principles of association, a subject, however, that seems worthy of curiosity». «Enquiry», III, p. 24.

surge de la conjunción frecuente de objetos, deberá ser de un modo gradual como llegue a ser perfecto, con lo que adquirirá nueva fuerza a cada caso que caiga bajo nuestra observación»<sup>22</sup>.

Hay momentos en que HUME refuerza aún más la dependencia que la asociación mantiene con la repetición. La reiteración se convierte no en algo no meramente imprescindible *de facto*, sino en una función involuntaria que se ejerce sin previo propósito:

«Pues aunque la costumbre y la educación producen creencia mediante tal repetición, que no se deriva de la experiencia, ello requiere con todo un largo período de tiempo, junto con una repetición muy frecuente e *involuntaria*»<sup>23</sup>.

b) No es infrecuente, debido a la habitual falta de rigor humeana en la elección y uso de los términos, que se produzca una equivalencia entre las nociones de relación y asociación:

«Es posible que estas causas se vean ayudadas por la influencia de la *relación* o asociación de ideas, por la cual nos inclinamos naturalmente a llevar nuestra atención al hijo, después del fallecimiento del padre, y también a asignarle derecho sobre sus posesiones»<sup>24</sup>.

Sin embargo, HUME no es congruente consigo mismo al usar como intercambiables los términos relación y asociación. En efecto, si partimos de la base de que la semejanza y la contigüidad son dos cualidades de las que surge la asociación, no habrá inconveniente en admitir tanto que las percepciones asociadas por semejanza sean semejantes entre sí, cuanto que las asociadas por contigüidad sean entre ellas contiguas. De aquí que, si consideramos a la semejanza y a la contigüidad como auténticas relaciones, la asociación no puede quedar incluida bajo tal categoría. Más que una relación, la asociación la supone. Las relaciones de semejanza y contigüidad, supuestas por la asociación, son vínculos que se dan en las cosas, mientras que la asociación se da sólo en nuestra mente.

22. «*Treatise*», I, III, XII, p. 130 (250).

23. *Ibid.*, p. 140 (261).

24. *Ibid.*, III, II, III, pp. 511-512 (742-743).

El mismo HUME, al pretender distinguir entre asociaciones reversibles e irreversibles<sup>25</sup>, llevó a cabo la más nítida distinción entre las nociones de relación y asociación. La relación sería, en este sentido, una asociación reversible, en tanto que la asociación quedaría definida simplemente como el fácil tránsito que la imaginación lleva a cabo entre percepciones semejantes, contiguas o unidas por la relación de causalidad:

«Para producir una relación perfecta entre dos objetos, no solamente es necesario que la imaginación pase del uno al otro por la semejanza, contigüidad o causalidad entre ellos, sino también que pase de nuevo del segundo al primero con la misma sencillez y facilidad»<sup>26</sup>.

c) Un rasgo sorprendente que HUME otorga a la asociación es la imperceptibilidad. Podría decirse que las operaciones de la asociación se llevan a cabo de forma tan sutil, que no llegamos a notarlas. El silencioso y subrepticio modo de operar la asociación nos priva de sentir las:

«Es evidente que la asociación de ideas actúa tan silenciosa e imperceptiblemente que apenas si nos damos cuenta de ella, y la descubrimos más por sus efectos que por un inmediato sentimiento o percepción. La asociación no produce emoción alguna, ni origina ninguna nueva impresión que en un momento dado pudiera ser recordada. Partiendo de este razonamiento, y también de una experiencia indudable, podemos entonces concluir que, aunque la asociación de ideas sea necesaria para originar una pasión, no es por sí sola suficiente»<sup>27</sup>.

d) En términos generales, no habría inconveniente en señalar que la asociación se establece entre ideas<sup>28</sup>, o entre una idea y una

25. Cfr. «*Treatise*», II, II, IV, p. 356 (544).

26. *Ibid.*, p. 355 (544).

27. *Ibid.*, II, I, IX, p. 305 (481). Cuando la operación llega a notarse, Hume prefiere hablar de relación más que de asociación: «Where they remark the resemblance, it operates after the manner of a relation, by producing a connexion of ideas. Where they do not remark it, it operates by some other principle». *Ibid.*, II, II, IV, p. 354.

28. Cfr. «*Treatise*». II, I, IV, p. 283.

impresión. Estas dos variantes constituyen las parejas de términos entre los que tiene lugar la conexión asociativa. Sin embargo, el filósofo escocés llegó a admitir en ocasiones que las impresiones de reflexión podrían igualmente ser asociadas entre sí, aunque, y esta es la única diferencia, solamente por semejanza e, incluso, que podría llegar a darse auténtica asociación aun cuando uno de los términos no fuera percepción en absoluto:

«La segunda propiedad que encuentro en la mente humana consiste en una parecida asociación de impresiones. Todas las impresiones semejantes están conectadas entre sí, y no bien ha aparecido una cuando ya le siguen las demás. La tristeza y la frustración originan ira, la ira produce envidia, la envidia malicia y la malicia origina de nuevo tristeza, cerrando así el círculo. De igual modo cuando nuestro carácter se ve exaltado por la alegría pasa naturalmente al amor, generosidad, valor, piedad, orgullo y a todas las afecciones semejantes. Cuando la mente es movida por una pasión, le es difícil limitarse a esa sola pasión, sin cambio ni modificación alguna. La naturaleza es demasiado inconstante para admitir tal regularidad: le es esencial la variabilidad. ¿Y hay algo que pueda variar en ella de modo tan natural como las afecciones o emociones, que se adecúan al carácter y concuerdan con el grupo de pasiones que en ese momento prevalece? Es evidente, pues, que existe una atracción o asociación entre impresiones igual que entre otras ideas, aunque con esta importante diferencia: que las ideas están asociadas por semejanza, contigüidad y causalidad, mientras que las impresiones lo están solamente por semejanza»<sup>29</sup>.

De todos modos, la asociación que más repercusiones tendrá, habida cuenta de que va a originar una actitud psicologista, será aquella que se establece no entre ideas similares, sino entre acciones de la mente semejantes. De manera que cuando los procesos psicológicos que se ponen en funcionamiento para tratar de dos distintas nociones son similares, se confunden y se hacen intercambiables las nociones mismas, despreciando las diferencias de orden objetivo que entre ellas pueda haber. El tránsito del orden psicológico al lógico no exige más que semejanza en las operaciones del primero:

29. *Ibid.*, p. 283 (454-455).

«De todas las relaciones, la más eficaz a este respecto es la de semejanza; y lo es porque no sólo origina una asociación de ideas, sino también de disposiciones, y nos lleva a concebir una idea mediante un acto u operación de la mente similar a aquel por el que concebimos la otra. Ya he señalado la gran importancia de este punto; y podemos establecer, como regla general, que sean cuales sean las ideas que situemos en la mente con la misma disposición, o con una similar, están muy expuestas a ser confundidas. La mente pasa con facilidad de la una a la otra, y no percibe el cambio a menos que preste una rigurosa atención, cosa de la que, hablando en general, es totalmente incapaz»<sup>30</sup>.

Finalmente, cabe una última posibilidad en relación con la asociación: aquella que establece la conexión entre palabras e ideas:

«De esta forma, como una determinada idea particular se encuentra normalmente unida a tal palabra particular, no se requiere sino la audición de esa palabra para producir la idea correspondiente; y sería difícil que, por muchos esfuerzos que haga, pudiera la mente evitar dicha transición. Cuando esto ocurre, no es absolutamente necesario que al oír ese sonido determinado reflexionemos sobre una experiencia pasada, ni que nos preguntemos por la idea habitualmente conectada con el sonido»<sup>31</sup>.

#### CUALIDADES DE LAS QUE SURGE LA ASOCIACIÓN.

Aunque a lo largo de esta caracteriología de la asociación que vamos desarrollando ya hemos aludido a ellas, conviene referirse explícitamente a las cualidades de las que surge la asociación. Son, co-

30. Ibid., I, IV, II, pp. 202-203 (339). Hume habla de la posibilidad de confusión del orden objetivo motivado por la similitud que se dé en el psicológico con bastante frecuencia. Cfr. «*Treatise*», I, II, V, p. 61; I, IV, III, p. 220. Como no vamos a ocuparnos del tema del psicologismo, nos parece que lo más oportuno es remitir a las «*Logische Untersuchungen*», de E. HUSSERL, donde hay un estudio exegético y crítico de tal actitud tratado con la maestría y profundidad habituales en el filósofo alemán. «*Gesammelte Werke*». Herausgegeben von Walter Biemel, Martinus Nijhoff, Haag 1950, Band XVIII, I, pp. 63-190.

31. «*Treatise*», I, III, VI, p. 93 (200-201).

mo es sabido, tres: semejanza, contigüidad en tiempo y lugar y causalidad:

«Las cualidades de las que surge tal asociación y por las que es llevada la mente de este modo de una idea a otra, son tres: *Semejanza, contigüidad* en tiempo o lugar, y *causa y efecto*»<sup>32</sup>.

A propósito de estas tres cualidades, que con tanta frecuencia usa HUME para sus propósitos filosóficos, contrasta la seguridad con que afirma y sostiene sus virtualidades asociativas con otros lugares de su obra en que aparece indeciso y abatido por las dudas más terribles, e incapaz de pronunciarse resueltamente en un sentido u otro. Particularmente, la entereza y aplomo inicial contrasta con el estado de ánimo casi angustioso con que se cierra el libro primero del «*Treatise*»<sup>33</sup>. HUME debió ver frustradas sus esperanzas de éxito, pues, de otro modo, resulta inexplicable una transformación tan honda.

En el tema que nos ocupa, el de las cualidades de las que surge la asociación, HUME ve tan clara y nítidamente el problema, que se exime de intentar alguna prueba que ponga de manifiesto sin el menor resquicio para la duda lo que tan decididamente ha manifestado:

«No creo que sea muy necesario probar que estas cualidades producen una asociación entre ideas, y que mediante la aparición de una idea introducen de modo natural la otra»<sup>34</sup>.

Para terminar el tema de los principios de los que la asociación deriva, conviene aludir a una importante puntualización. Según HUME, estos tres principios, que con tanto énfasis y lujo de detalles nos ofrece, no son infalibles, ni las únicas causas de la asociación. Simplemente, son las más generales. HUME cree, después de haber esbozado toda una teoría sobre la asociación, haciéndola descansar

32. *Ibid.*, I, I, IV, p. 11 (99). Son abundantísimos los lugares en los que Hume se refiere a estas relaciones como supuestos de la asociación: I, II, V, p. 60; I, III, IX, p. 107; I, III, IX, p. 109, etc.

33. Cfr. «*Treatise*», I, IV, VII, pp. 268-269.

34. «*Treatise*», I, I, IV, p. 11 (99).

sobre la base de la semejanza, la contigüidad y la causalidad, cree, decimos, que la única ventaja de estos tres principios asociativos sobre algún otro reside en que son, a juzgar por las asociaciones comúnmente consideradas, los de más frecuente y generalizada intervención:

«He reducido los principios de unión de ideas a tres principios generales, y afirmado que la idea o impresión de un objeto introduce naturalmente la idea de otro semejante, contiguo o conectado con el primero. Admito que estos principios no son ni causas *infalibles* ni las *solas* causas de una unión de ideas. No son causas infalibles porque uno no puede atender durante cierto tiempo a un objeto, sin fijarse en más. No son las *solas* causas porque el pensamiento tiene obviamente un movimiento muy irregular al pasar por sus objetos, y puede saltar de los cielos a la tierra, de un extremo a otro de la creación, sin método ni orden determinados. Ahora bien, aunque admita esta debilidad en esas tres relaciones, y esta irregularidad en la imaginación, afirmo con todo que los únicos principios *generales* de asociación de ideas son la semejanza, la contigüidad y la causalidad»<sup>35</sup>.

#### EL PAPEL DE LA ASOCIACIÓN EN LAS INSTITUCIONES SOCIALES.

Con excesiva frecuencia y no poca premura se ha criticado el asociacionismo humeano como uno de los más delicados enclaves de

35. Ibid., I, III, VI, pp. 93-93 (200). Además de generales, estos tres principios de asociación son trascendentales dentro del sistema filosófico humeano. Por eso, DELEUZE ha podido decir: «Dans l'esprit ils forment tout un réseau, comme une canalisation: ce n'est plus par hasard qu'on passe d'une idée à une autre, une idée en introduit naturellement une autre suivant un principe, elle s'accompagne d'une autre naturellement. Bref, l'imagination sous cette influence est devenue raison, la fantaisie a trouvé une constance». *Op. cit.*, p. 139. El subrayado es nuestro. Aparte de esta función trascendental, los principios aportan una nueva e importante contribución, pues gracias a ellos —y al principio de utilidad— el espíritu deviene un sujeto: «Quels sont les principes qui constituent le sujet dans l'esprit? Sous quel facteur l'esprit va-t-il se transformer? Nous avons vu que la réponse de Hume est simple: ce qui transforme l'esprit en un sujet, ce sont les principes de la nature humaine. Ces principes sont de deux sortes: *les principes d'association* d'une part, d'autre part les principes de la passion, qu'on pourra présenter à certains égards sous la forme générale d'un *principe d'utilité*». *Op. cit.*, pp. 108-109.

su filosofía. Sin despreciar las críticas a este tema humeano (nosotros mismos ofreceremos más adelante algunas indicaciones críticas), hay que poner de manifiesto que todas ellas son habitualmente expeditivas en grado sumo y, por precipitación precisamente, han olvidado que la etnografía nos conduce a la asociación. BERGSON llega, incluso, a decir que gran parte del sistema de prohibiciones y prescripciones presente en los pueblos primitivos se explica por vagas asociaciones de ideas<sup>36</sup>.

DELEUZE, abundando en este asunto, amplía la insinuación bergsoniana y sostiene que la vigencia de la asociación en la constitución de las instituciones sociales no queda restringida al ámbito de las culturas primitivas, sino que se halla presente, igualmente, en la de las sociedades avanzadas. La imaginación, sometida a los principios de la asociación, contribuye de manera decisiva a la constitución de las instituciones sociales<sup>37</sup>.

El derecho, particularmente, es todo él asociacionista. Lo que nosotros exigimos a un árbitro, o un juez, es la aplicación de la asociación de ideas, en el sentido de mostrar con toda claridad con qué entra en relación la cosa objeto de discernimiento en el espíritu de un observador en general<sup>38</sup>.

No habría, pues, ningún inconveniente en establecer que la imaginación, auxiliada por los principios de asociación, es una herramienta imprescindible y un instrumento de análisis fundamental cuando se trata de comprender la historia y de sentar las reglas de la propiedad<sup>39</sup>.

Por eso, creemos que DELEUZE acierta cuando sostiene que la imaginación, tomada en la unidad esencial que forma con los principios de asociación, viene a adoptar la forma de un auténtico principio constituyente<sup>40</sup>.

36. «On rencontre chez les primitifs beaucoup d'interdictions et de prescriptions qui s'expliquent par des vagues associations d'idées». Citado por DELEUZE, *op. cit.*, p. 39.

37. Cfr. G. DELEUZE, *op. cit.*, p. 39.

38. Cfr. «*Treatise*», apéndice, p. 630.

39. *Ibid.*, p. 624.

40. *Op. cit.*, p. 55.

LA ASOCIACIÓN COMO FUERZA DE GRAVITACIÓN DE LA CONCIENCIA.

De todas las características que hemos ido viendo a lo largo de las últimas páginas, ninguna es tan decisiva como aquella que lleva a ponerla en estrecha relación con la noción newtoniana de gravitación. El NEWTON de las ciencias morales que, según acertada fórmula de PASSMORE<sup>41</sup>, HUME quería ser, en ningún tema queda tan manifiestamente claro como en éste. Su deseo de introducir el método experimental, que tanto éxito le había proporcionado a NEWTON, en los temas morales<sup>42</sup>, contaba para su total satisfacción con la «ley de gravitación universal» de nuestra conciencia como uno de los más importantes auxiliares.

De aquí que una de las afirmaciones decisivas que HUME hace a este respecto, sea la que identifica la asociación con una fuerza suave «gentle force»<sup>43</sup>, que, en palabras de SANTUCCI, «agisce nel mondo mentale come una specie di attrazione e questo sembra anche il caso del 'facile corso di pensiero', quando scambia volentieri un'idea per un'altra»<sup>44</sup>.

Ahora bien, hay que hacer una distinción importante. Según NEWTON, los cuerpos se atraen entre sí sin necesidad de mediación alguna. Semejante atracción será distinta según cual sea la masa y la distancia de los cuerpos en cuestión, pero en todos los casos se lleva a cabo directamente, sin el concurso de un tercer cuerpo entre ellos.

Naturalmente, éste no es el caso de la impresión. La percepción original no es un cuerpo que se separe o se acerque a otras impresiones. La asociación entre la causa y el efecto no es directa, sino que necesita el concurso de la mente, pues solamente ella, ante la presencia de la causa (o el efecto), pasa invariablemente al efecto (o a la causa) ausente. De aquí que la metáfora de la *gentle force* ha-

41. «La ambición de Hume era constituirse en el Newton de las ciencias morales». J. A. PASSMORE, «*Hume's Intentions*», Cambridge 1952, p. 43.

42. No olvidemos que el título completo de la primera obra de Hume era el siguiente: «*A Treatise of Human Nature: being an Attempt to introduce the experimental Method of Reasoning into Moral Subjects*».

43. «*Treatise*», I, I, IV, p. 10 (99).

44. A. SANTUCCI, *op. cit.*, p. 32.

ya que tomarla con ciertas reservas, pues la impresión no afecta nunca a otra impresión, sino a la mente<sup>45</sup>.

Pese a las diferencias innegables que se pueden poner de manifiesto entre la gravitación newtoniana y la *gentle force* humeana, queda intacto el empeño del filósofo escocés por explicar determinados fenómenos mentales, particularmente la *belief*, como efectos de la asociación, que es una forma de atracción (la gravedad sería otra).

La asociación entendida como atracción tiene, en el mundo mental, consecuencias similares a las que, en el ámbito de la naturaleza física, provoca la fuerza gravitatoria:

«Hay aquí una especie de *atracción*, que se encontrará tiene en el mundo mental efectos tan extraordinarios como en el natural, y que se revela en formas tan múltiples como variadas»<sup>46</sup>.

Esta aproximación entre la asociación y la atracción gravitatoria no debe engañarnos, pese a la indudable cercanía en que HUME quiere situarlas, respecto a las diferencias que ambas mantienen entre sí.

La primera de ellas es que, como hemos tenido ocasión de ver, la asociación no es infalible en su cometido, que no es otro que unir las ideas; mientras que la atracción gravitatoria es una ley que explica de forma absolutamente segura la atracción entre los distintos cuerpos. La segunda se refiere a que, mientras la asociación no es la única causa explicativa de la unión de nuestras percepciones, la atracción newtoniana sí es, en cambio, la única hipótesis aceptable para explicar los movimientos de los cuerpos celestes.

Ahora bien, la comprensión última y definitiva del fenómeno atractivo como tal, sí que le merece a HUME un juicio similar al

45. Aunque esta importante precisión ha sido generalmente pasada por alto, también ha sido, en ocasiones, detectado con toda claridad: «Pero una impresión evidentemente no es un cuerpo que se aproxima o se separa de otras impresiones. Cuando Hume dice que la causa y el efecto están 'asociados', quiere significar que la mente tiende a pensar en la una cuando tiene presente el otro. En este sentido la metáfora de la 'gentle force' resulta engañosa. La impresión afecta a la mente, no a otra impresión». R. P. WOLFF, «*Humes theory of mental activity*», en «*Hume*», ed. cit., pp. 104-105.

46. «*Treatise*», I, I, IV, pp. 12-13 (101).

de NEWTON. Para el escocés, la atracción se encuentra en las antípodas de la idea clara cartesiana<sup>47</sup>, pues, en definitiva, se trata de un fenómeno original, último e inexplicable<sup>48</sup>, cuyas causas remotas y originarias nos son desconocidas. Por eso, el filósofo debe contentarse con los efectos que el fenómeno nos muestra, refrenando el deseo que le lleva inútilmente a preguntarse por sus causas:

«Sus efectos son visibles por todas partes, aunque sus causas sean en su mayor parte desconocida y deban reducirse a las cualidades *originarias* de la naturaleza humana —cualidades que yo no pretendo explicar—. Nada le es más necesario a un filósofo de verdad que el refrenar los inmoderados deseos de buscar las causas; de modo que, una vez haya establecido una doctrina sobre un número suficiente de experimentos, deberá contentarse con ello cuando advierta que llevar más lejos su examen lo conduciría a cavilaciones oscuras e inciertas<sup>49</sup>.

En la misma dirección apuntan, a nuestro juicio, las siguientes palabras de NEWTON:

«Que la gravedad deba ser innata, inherente y esencial a la materia, de tal modo que en un cuerpo pueda esa gravedad actuar sobre otro, que a distancia pueda actuar a través del vacío, sin intervención de ninguna otra cosa, por y a través de la cual su fuerza y acción se pueda trasladar de uno a otro, es para mí tan absurdo, que creo que no habrá ningún hombre en filosofía y con una buena facultad de pensar que pueda caer en eso»<sup>50</sup>.

Sin embargo, mientras HUME parece no decidirse a indagar el fenómeno de la atracción de forma definitiva, NEWTON mantiene la esperanza de llegar a una dilucidación definitiva del mismo:

47. La claridad y la distinción son, como es sabido, los rasgos decisivos de la idea cartesiana, según prescribe su método. Cfr. «*Principia philosophiae*», en «*Oeuvres*», ed. de Ch. Adam & P. Tannery, Librairie Philosophique J. Vrin, París 1966, vol. VIII, 1, pars prima, p. 22.

48. Cfr. «*Enquiry*», V, part. 1, p. 43.

49. «*Treatise*», I, I, IV, p. 13 (101).

50. I. NEWTON, «*Tercera carta a Bentley*», en «*Opera quae exstant omnia*», Stuttgart-Bad Canstatt, 1964, Band 4, p. 438.

«Existen agentes en la naturaleza capaces de hacer que las partículas de los cuerpos se unan por una fuerte atracción. Y es la tarea de la filosofía experimental descubrirlos»<sup>51</sup>.

Justamente porque, como acabamos de ver, resulta imposible para la estrecha capacidad de nuestra inteligencia acceder de forma segura al conocimiento cierto de las causas últimas de la asociación, es por lo que, paralelamente, HUME nos invita a fijarnos y contentarnos con los efectos de la misma.

«Entre los efectos de esta unión o asociación de ideas, no existe ninguno tan notable como las ideas complejas, que son normalmente el objeto de nuestros pensamientos y razonamientos, y que surgen por lo general de un principio de unión entre nuestras ideas simples. Estas ideas complejas pueden dividirse en *relaciones, modos y sustancias*»<sup>52</sup>.

#### OBSERVACIONES CRÍTICAS.

Después de haber culminado la labor exegética, gracias a la cual hemos penetrado en la entraña misma del fenómeno asociativo según lo concibió HUME, vamos a intentar hacer algunas precisiones críticas que poseen, a nuestro juicio, una importancia decisiva.

El distinto trato que la teoría asociacionista recibió en el «*Treatise*» y en la «*Enquiry*», obra esta última en la que se observa un considerable retraimiento y una disminución del hincapié en aquella teoría, ya pone al lector en guardia. En el «*Treatise*», según acabamos de ver, HUME no deja de poner su teoría al lado de la prestigiosa noción newtoniana de gravitación universal, y en el «*Abstract*» reclama para sí el dignísimo nombre de inventor precisamente por ella. En el «*Treatise*», además, recurre de nuevo a la teoría en cuestión para dar cuenta cabal de la formación de ideas complejas y para explicar la mecánica de las emociones en general y de la respuesta simpatética en particular, que poseen, por otro lado, una significación fundamental para la teoría moral desarrollada en el libro ter-

51. I. NEWTON, «*Opticks*», ed. cit., Band 4, p. 231.

52. «*Treatise*», I, I, IV, p. 13 (101).

ceros. Esta continua presencia y, sobre todo, el decisivo papel desempeñado en temas centrales de su filosofía desaparece en la «*Enquiry*». En las primeras ediciones, como ha señalado N. KEMP SMITH, la teoría de la asociación gozaba todavía de trato preferencial, y era estudiada por HUME de manera suficientemente detenida y con amplitud bastante para ilustrar su funcionamiento en contextos estéticos y en experiencias emocionales. Pero en la última edición de esta obra, la de 1777, HUME despacha expeditivamente, en apenas dos páginas, la teoría que con tanto cuidado y extensión había desarrollado en el «*Treatise*». Parece como si la centralidad e importancia de esta teoría, que con tanto orgullo y suficiencia explica en el «*Treatise*», hubiera desaparecido súbitamente.

Pero además de este trato incomprensiblemente desigual, hay en la propia teoría algunos graves inconvenientes. Ya hemos visto que la semejanza entre dos operaciones mentales lleva a confundir sus contenidos, por muy diferentes que desde el punto de vista objetivo puedan ser. Se produce, de este modo, una confusión de los órdenes lógico y psicológico, justamente porque HUME lleva la vigencia de la asociación no sólo a las percepciones, sino, incluso, a las disposiciones u operaciones mentales, de tal manera que al asociarse por semejanza éstas, quedan, *eo ipso*, conectados de forma indiscernible sus contenidos noéticos<sup>53</sup>. Ahora bien, en la concepción humeana de la mente, reducida a un haz o colección de percepciones distintas<sup>54</sup>, no queda resquicio posible para tales operaciones. De forma que «aparece claro que la asociación por medio de disposiciones y operaciones es absolutamente inconsistente con el puro fenomenismo de HUME»<sup>55</sup>.

Junto a éste, la teoría humeana de la asociación tiene otro grave inconveniente. Tal como STOUT lo ha puesto de manifiesto, la asociación sería efectiva en el caso de que las conexiones se estableciesen entre universales, nunca entre percepciones puntuales y atómicas.

53. En Hume no aparece el orden ideal de forma autónoma. Por eso, una de las grandes contribuciones para poner de manifiesto la insuficiencia de toda filosofía empirista está representada por la obra de Husserl. En ella se concede autonomía y vigencia plena al orden ideal. Cfr. «*Investigaciones Lógicas*», I, ed. Revista de Occidente, Madrid 1967, p. 404.

54. Cfr. «*Treatise*», I, IV, VI, p. 253 (401).

55. J. LAIRD, *op. cit.*, p. 44.

El nominalismo asociativo, por decirlo de alguna manera, no sería posible a juicio de STOUT<sup>56</sup>.

Con objeto de explicar la asombrosa armonía y correspondencia entre la naturaleza física y nuestro conocimiento, HUME no duda en recurrir a un cierto paralelismo entre una y otro<sup>57</sup>. Podemos, pues, considerar fundamental para los intereses humeanos la siguiente pregunta formulada por DELEUZE: «¿Qué acuerdo hay entre la colección de ideas y la asociación de ideas, entre la regla de la Naturaleza y la regla de las representaciones, entre la regla de la reproducción de los fenómenos en la Naturaleza y la regla de la reproducción de las representaciones en el espíritu?»<sup>58</sup>. Dicho de otro modo: en el fondo del problema asociativo late un problema de acuerdo, de finalidad.

La comprensión kantiana del asociacionismo es cabal justamente por haberlo enfocado desde la perspectiva reseñada. Y si su crítica posee un indudable aire de contundencia, la razón hay que buscarla en que la lleva a cabo a partir de las condiciones del problema del acuerdo entre la naturaleza física y la humana<sup>59</sup>.

Por otro lado, KANT sitúa el problema no sobre el plano de los sentidos, sino sobre el de la imaginación<sup>60</sup>. Pero la imaginación solamente deviene facultad como tal si se da una ley de reproducción de las representaciones o una síntesis de la reproducción, que se constituye bajo los efectos de los principios asociativos. La crí-

56. STOUT, «*Analytic Psychology*», II, 46. Citado por LAIRD, op. cit., p. 44.

57. «Here, then, is a kind of pre-established harmony between the course of nature and the succession of our ideas; and though the powers and forces, by which the former is governed, be wholly unknown to us; yet our thoughts and conceptions have still, we find, gone in the same train with the other works of nature». «*Enquiry*», V, part. II, pp. 54-55. Posteriormente, Spinoza establecerá la conocida correspondencia entre los órdenes real e ideal: «Ordo, & connexio idearum idem est, ac ordo, & connexio rerum». B. SPINOZA, «*Ethica*» en Spinoza Opera, Heidelberg, Carl Winters Universitaetsbuchhandlung, Band II, propositio VII, p. 89.

58. Op. cit., p. 123.

59. Cfr. I. KANT, «*Crítica de la razón pura*», primera edición, «Síntesis de reproducción en la imaginación», trad. de José del Perojo, ed. Losada, Buenos Aires 1970, p. 242.

60. «En effet l'empirisme est une philosophie de l'imagination non pas une philosophie des sens», G. DELEUZE, op. cit., p. 124.

tica de KANT, pues, no se apoya en el hecho de que, según el filósofo regiomontano, la imaginación no sea efectivamente el mejor terreno sobre el que se pueda situar el problema del conocimiento. De las tres síntesis que distingue, no hay duda que la de la imaginación se constituye en el fondo y raíz de las otras dos. Pero, como con toda agudeza ha señalado DELEUZE, «lo que KANT reprocha a HUME es que, sobre un buen terreno, ha planteado mal el problema: el modo de plantear HUME la cuestión, es decir su dualismo, obliga a concebir la relación entre lo dado y el sujeto como un acuerdo del sujeto con lo dado, de la naturaleza humana con la Naturaleza»<sup>61</sup>.

Pero, claro está, si el dato original no está sometido de entrada a principios idénticos a los que regulan la conexión de representaciones para un sujeto empírico, no habría posibilidad para el sujeto de encontrar el acuerdo por sí mismo, a no ser de manera total y absolutamente accidental. Por eso, KANT invierte el problema al referir el dato al sujeto y, consecuentemente, al concebir el acuerdo como concordancia de lo dado con el sujeto, de la naturaleza física con la del ser dotado de razón. «Hasta nuestros días, señala KANT, se ha admitido que todos nuestros conocimientos deben regularse por los objetivos... Ensáyese... si no tendríamos mejor éxito en los problemas de la metafísica, aceptando que los objetos sean los que deban regularse por nuestros conocimientos, lo cual conforma ya mejor con la deseada posibilidad de un conocimiento «a priori» de esos objetos, el cual asegura algo de ellos antes que nos sean dados»<sup>62</sup>.

De manera que, según KANT, las relaciones dependen de la naturaleza de las cosas en el preciso sentido de que, como fenómenos que son, las cosas suponen una síntesis cuya fuente es la misma que

61. Op. cit., p. 124.

62. I. KANT, op. cit., «Prefacio de la segunda edición», p. 132. Este es básicamente el sentido de la revolución copernicana llevada a cabo por Kant. Acerca del significado de esta importante actitud cognoscitiva kantiana, puede consultarse la obra de A. LLANO CIFUENTES, «Fenómeno y trascendencia en Kant», ed. Eunsa, Pamplona 1973, especialmente p. 43 e, igualmente, la de X. ZUBIRI, «Cinco lecciones de filosofía», Madrid 1963, especialmente p. 76. Sobre el carácter «contrarrevolucionario» del novedoso planteamiento kantiano merece destacarse la obra de I. M. BOCHENSKI, «El materialismo dialéctico», ed. Rialp, Madrid 1958, pp. 33-34.

la de las relaciones. Precisamente por esto, el criticismo no es una forma de empirismo.

Otra crítica, la que con más frecuencia suele hacerse al asociacionismo, viene a decir básicamente que los principios de asociación explican a lo sumo la forma del pensamiento en general, nunca sus contenidos singulares. En este sentido, la asociación daría una explicación superficial de nuestra conciencia, de la que sólo quedaría esclarecida su índole menos decisiva, mientras que el núcleo profundo y fundamental de aquélla quedaría definitivamente ignorado<sup>63</sup>.

Cabría decir que, en efecto, la asociación de ideas da cuenta cabal de los hábitos del pensamiento, de las nociones cotidianas del buen sentido, de las ideas corrientes y de las ideas complejas que responden a las necesidades más generales y más constantes y que son comunes a todos los espíritus, pero lo que, en cambio, permanece inexplicable es la diferencia entre un espíritu y otro. ¿Por qué, podríamos preguntar a HUME, en una conciencia particular y en un momento determinado, una concreta percepción va a evocar tal idea en lugar de tal otra? El que sea una u otra la idea evocada no queda explicado por la asociación. De forma que si es cierto que la asociación es necesaria para hacer posible toda relación en general, cada relación en particular no queda explicada nunca por la asociación.

63. Ref. H. BERGSON, «*Matière et Mémoire*», en *Oeuvres*, P.U.F., París 1963, p. 303.